
MICHIKO KAKUTANI

La muerte de la verdad

Notas sobre la falsedad en la era Trump

Traducción de
Amelia Pérez de Villar

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: *The Death of Truth. Notes on Falsehood in the Age of Trump*
Traducción del inglés: Amelia Pérez de Villar Herranz

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2019

© Michiko Kakutani, 2019
© de la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 501-2019
ISBN: 978-84-17747-04-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Dedicado a los periodistas que trabajan,
en todas partes, para llevar la noticia*

Índice

Introducción	I 3
1. Decadencia y caída de la razón	I 9
2. Las nuevas guerras culturales	3 3
3. «Moi» y el auge de la subjetividad	4 5
4. La desaparición de la realidad	5 5
5. La cooptación del lenguaje	6 3
6. Filtros, silos y tribus	7 3
7. Déficit de atención	8 3
8. La manguera de la falsedad: propaganda y noticias falsas	9 3
9. El regodeo de los troles	I 0 3
Epílogo	I I I
Bibliografía	I I 7
Notas	I 2 I

LA MUERTE DE LA VERDAD

Introducción

Dos de los regímenes más monstruosos de la historia de la humanidad subieron al poder en el siglo xx. Ambos se afianzaron sobre la violación y el saqueo de la verdad y sobre la premisa de que el cinismo, el hastío y el miedo suelen volver a la gente susceptible a las mentiras y a las falsas promesas de unos líderes políticos empeñados en el poder absoluto. Como escribió Hannah Arendt en su obra *Los orígenes del totalitarismo* (1951), «el sujeto ideal para un gobierno totalitario no es el nazi convencido ni el comunista convencido, sino el individuo para quien la distinción entre hechos y ficción (es decir, la realidad de la experiencia) y la distinción entre lo verdadero y lo falso (es decir, los estándares del pensamiento) han dejado de existir».¹

Lo que resulta alarmante para el lector contemporáneo es que las palabras de Arendt suenan cada vez menos a mensaje de otro siglo y más a espejo que refleja, y de un modo aterrador, el paisaje político y cultural que habitamos hoy en día: un mundo en el que las noticias falsas y las mentiras se propagan gracias a las fábricas rusas de troles, que las emiten en cantidades industriales por boca del Twitter del presidente de los Estados Unidos y las envían a cualquier parte del mundo, adonde llegan a la velocidad de la luz gracias a las redes sociales. Nacionalismo, tribalismo, deslocalización, miedo al cambio social y odio al que viene de fuera son factores que van en aumento a medida que la gente, atrincherada en sus silos y en sus burbujas filtradas, va perdiendo el sentido de la realidad compartida y la capacidad de comunicarse trascendiendo las líneas sociales y sectarias.

Con esto no se pretende establecer una analogía directa entre las circunstancias actuales y los espantosos horrores de la Segunda Guerra Mundial, sino echar un vistazo a algunas de las situaciones y actitudes –lo que Margaret Atwood ha llamado «las banderas de peligro»² y que aparecen en 1984 y *Rebelión en la granja*, de Orwell– que hacen a la gente vulnerable a la demagogia y a la manipulación política y convier-

ten a las naciones en presa fácil de los aspirantes a autócratas. Y también estudiar hasta qué punto el desprecio de los hechos, el desplazamiento de la razón por parte de la emoción y la corrosión del lenguaje están devaluando la verdad, y lo que eso representa para los Estados Unidos y para el mundo.

«El historiador sabe lo vulnerable que es el tejido de hechos sobre el que construimos nuestra vida diaria, que siempre corre el riesgo de quedar perforado por mentiras aisladas o reducido a jirones por mentiras organizadas y controladas por grupos o clases; o bien negado, distorsionado, perfectamente cubierto a veces por toneladas de falsedades o, simplemente, abandonado al olvido. Los hechos necesitan testimonios para permanecer en el recuerdo, y testigos fiables que los coloquen en lugares seguros dentro del ámbito de los asuntos humanos»,³ escribió Arendt en su ensayo «La mentira en política», publicado en 1971.

La expresión «decadencia de la verdad» (empleada por la Rand Corporation para describir «el papel, cada vez menor, de los hechos y el análisis»⁴ en la vida pública estadounidense) se ha incorporado al diccionario de la posverdad que ahora también incluye otras expresiones ya conocidas como «noticias falsas» o «hechos alternativos». Y no se trata solo de noticias falsas: también hay ciencias falsas (fabricadas por los negacionistas del cambio climático o los antivacunas), una historia falsa (promovida por los revisionistas del Holocausto y los supremacistas blancos), perfiles de «americanos falsos» en Facebook (creados por troles rusos) y seguidores o «me gustas» falsos en las redes sociales (generados por unos servicios de automatización llamados «bots»).

Trump, el presidente número cuarenta y cinco de los Estados Unidos, miente de un modo tan prolífico y a tal velocidad que *The Washington Post* calculó que durante su primer año en el cargo podía haber emitido 2.140 declaraciones que contenían falsedades o equívocos: una media de 5,9 diarias.⁵ Sus embustes sobre absolutamente todo, desde la investigación de las injerencias rusas en la campaña electoral hasta el tiempo que él mismo pasa viendo la televisión, no son más que la luz roja que avisa de sus constantes ataques a las normas e instituciones democráticas. Ataca sin cesar a la prensa, al sistema judicial y a los funcionarios que hacen que el Gobierno marche.

Por otra parte, estos asaltos a la verdad no se circunscriben al territorio de los Estados Unidos: en todo el mundo se han producido oleadas

de populismo y fundamentalismo que están provocando reacciones de miedo y de terror, anteponiendo estos al debate razonado, erosionando las instituciones democráticas y sustituyendo la experiencia y el conocimiento por la sabiduría de la turba. Las afirmaciones falsas sobre la relación financiera del Reino Unido con la Unión Europea⁶ –bien resaltadas en un autobús de la campaña «Vote Leave» («Vota Salir»)– contribuyeron a desviar la intención de voto y orientarla hacia el Brexit, y Rusia se lanzó a la siembra de *dezinformatsiya* en las campañas electorales de Francia, Alemania, Holanda y otros países, como parte de un proyecto propagandístico organizado y encaminado a desacreditar y desestabilizar los sistemas democráticos.

Ya nos los recordó el papa Francisco: «No existe la desinformación inocua; confiar en las falsedades puede tener consecuencias nefastas».⁷ El anterior presidente, Barack Obama, observó que «uno de los mayores retos a los que se enfrenta nuestra democracia es que no tenemos una base común de hechos»,⁸ porque hoy en día la gente «se mueve en universos de información completamente diferentes». El senador republicano Jeff Flake pronunció un discurso donde advertía de que «2017 había sido un año en el que la verdad –objetiva, empírica y basada en la evidencia– se había visto apaleada y vilipendiada en mayor medida que en ningún otro momento de la historia del país, a manos de la figura más poderosa del Gobierno».⁹

¿Cómo ha podido suceder algo así? ¿Cuáles son las raíces de la falsedad en la era Trump? ¿Cómo se habían convertido la verdad y la razón en especies amenazadas y qué augura su agonía para nuestro discurso público y el futuro de nuestras políticas y nuestra gobernanza? Ese será el tema de este libro.

Resulta muy simplista ver a Trump, un candidato que impulsó su carrera política sobre el pecado original del llamado *birtherism*,¹⁰ como el cisne negro que ascendió a la presidencia después de una tormenta perfecta: un electorado frustrado y herido aún por las consecuencias de la crisis financiera de 2008, la injerencia rusa en las elecciones y una avalancha de historias y noticias falsas a favor de Trump que se difundieron en redes sociales; un adversario que simbolizaba la élite de Washington, censurada por los populistas, y cuya figura era de naturaleza altamente polarizadora; y unos cinco mil millones de dólares –estimados– en cobertura gratuita para su campaña,¹¹ gracias a reductos

informativos obsesionados con el número de visitas y clics que generaría una antigua estrella mediática.

Si un novelista hubiera concebido un villano como Trump, un avatar de dimensiones superiores a las de la realidad y situado por encima de ella, narcisista, mendaz, ignorante y lleno de prejuicios, rudeza, demagogia e impulsos tiránicos, por no hablar de los hábitos de consumo de alguien que toma una docena diaria de coca-colas *light*,¹² se hubiera dicho que ese personaje era inverosímil y excesivamente artificial. De hecho, el presidente de los Estados Unidos es la mayoría de las veces una mezcla (hecha en la coctelera frenética de algún creador de tiras cómicas) de Ubú Rey, Triumph (el perro cómico que insulta) y un personaje descartado por Molière, más que un personaje convincente.

Pero aunque todos estos rasgos del personaje de Trump nos resulten muy cómicos, eso no debería impedirnos ver las consecuencias, de tamaño monumental, que tendrán sus ataques sistemáticos a la verdad y al Estado de derecho, así como la vulnerabilidad de nuestras instituciones y de las comunicaciones digitales, que ha dejado a la vista de todos. Que un candidato que ha quedado expuesto de tal modo durante su campaña electoral, con un historial de mentiras y prácticas empresariales inadecuadas, obtenga un apoyo popular tan grande sólo se explica por el hastío que existe respecto a la cuestión de la verdad, que se ha apoderado de grandes sectores del público, y porque existen problemas más profundos, de índole estructural, sobre las vías por las que se informa la gente y por el modo en que esta ha llegado a pensar en términos –cada vez más– partidistas.¹³

Con Trump lo personal es político y, en muchos aspectos, el personaje no es tanto una anomalía de cómic como una apoteosis extrema, digna de Bizarro World, de actitudes que se entrelazan y logran debilitar los cimientos de la verdad con tretas como la de combinar noticias y política con entretenimiento, aprovechar la polarización tóxica que se ha apoderado del panorama político estadounidense y asumir esa actitud de desprecio populista, cada vez mayor, hacia la experiencia y el conocimiento.

Estos rasgos son también emblemáticos de una dinámica que se ha estado cocinando bajo la superficie de la vida diaria durante años, creando el ecosistema perfecto en el que Veritas, la diosa de la verdad (tal y como la pintó Goya en su famoso aguafuerte titulado *Murió la verdad*), puede caer mortalmente enferma.

Son ya décadas lo que lleva la objetividad –o incluso la idea de que la gente puede aspirar a obtener acceso a «la mejor verdad disponible»– perdiendo el favor generalizado. Así lo expuso Daniel Patrick Moynihan en una afirmación suya bien conocida («Todo el mundo tiene derecho a su propia opinión, pero no a sus propios hechos») ¹⁴ que hoy en día está más vigente que nunca: la polarización ha llegado a tal extremo que los votantes de los llamados «estados rojos» (de gobierno republicano) y los «estados azules» (de gobierno demócrata) de los Estados Unidos encuentran difícil ponerse de acuerdo incluso cuando hablan de los mismos hechos. Esto sucede desde que un sistema solar configurado por páginas de noticias de derechas, que orbitan en torno a Fox News y a Breitbart News, consolidó su campo gravitatorio en torno a una base republicana, situación que han contribuido a acelerar las redes sociales al conectar a sus usuarios con otros miembros que piensan como ellos y ofrecerles un flujo de información personalizado que refuerza sus ideas preconcebidas, permitiéndoles vivir en un ecosistema cada vez más restringido: un silo sin ventanas.

Por esta razón, desde que comenzaron las guerras culturales en los años sesenta, el relativismo ha ido en ascenso. En aquel momento lo abrazaron los componentes de la llamada Nueva Izquierda, interesada en dejar a la vista el sesgo del pensamiento occidental, burgués y predominantemente masculino, y los académicos que promocionaban el evangelio de la posmodernidad, que afirmaban que no existía una sola verdad universal sino una serie de verdades individuales, menores: percepciones configuradas por las fuerzas culturales y sociales de la época de cada uno. Después de aquello los argumentos relativistas han quedado secuestrados por la derecha populista, en la que se incluyen los creacionistas y los negacionistas del cambio climático, que insisten en que sus puntos de vista tienen que enseñarse en las escuelas junto a las teorías «basadas en la ciencia».

Naturalmente, el relativismo se sincronizaba perfectamente con el narcisismo y la subjetividad que iban avanzando desde «La década del yo», de Tom Wolf, y han llegado hasta la era de la autoestima del *selfie*. No nos sorprenderá entonces que el efecto Rashomon –ese punto de vista que afirma que todo depende de nuestro punto de vista– haya calado tanto en nuestra cultura, desde las novelas populares del tipo de *En manos de las furias* hasta la serie de televisión *The Affair*, que estudian la idea de conflicto entre diversas realidades o del narrador que no es de fiar.

Yo llevo décadas leyendo y escribiendo sobre muchos de estos temas, remontándome al auge de la deconstrucción y de las batallas sobre el canon literario en los campus universitarios, a los debates sobre el relato novelado de la historia en películas como *JFK*, de Oliver Stone, o *La noche más oscura*, de Kathryn Bigelow, a los esfuerzos que hicieron las administraciones de Clinton y Bush para evitar la transparencia y definir la realidad con arreglo a sus propios términos, la guerra de Donald Trump con el lenguaje y sus esfuerzos por normalizar lo anormal, y las consecuencias que ha tenido la tecnología en la forma en que procesamos y compartimos la información. En estas páginas espero exponer lo que han supuesto mis lecturas y los acontecimientos actuales para unir algunos puntos del ataque a la verdad y situarlos en un contexto con dinámicas sociales y políticas más amplias, que llevan años empapando nuestra cultura. Y espero también destacar algunos de los libros y escritos más preclaros de otras épocas, que han arrojado luz sobre nuestra situación actual.

La verdad es una de las piedras angulares de nuestra democracia. Como dijo la anterior fiscal general Sally Yates, la verdad es una de las cosas que nos separan de la autocracia: «Podemos debatir políticas y asuntos, y deberíamos hacerlo. Pero esos debates han de basarse en los hechos que compartimos, y no en simples llamadas a la emoción y al miedo valiéndonos de una retórica y una serie de invenciones que sólo conducen a la polarización. Existe una única verdad objetiva, desde luego, aunque no consiga poner de relieve la situación en que se encuentra la verdad. No podemos controlar si nuestros funcionarios nos mienten o son sinceros, pero podemos decidir si queremos hacerlos responsables de sus mentiras o, si llevados por el agotamiento o por un afán de proteger nuestros propios objetivos políticos, preferimos mirar hacia otro lado y convertir la indiferencia hacia la verdad en algo corriente».¹⁵

Decadencia y caída de la razón

Esto es una manzana.

Habrà quien te intente convencer de que es un plátano.

Puede incluso que griten: «Plátano, plátano, plátano», una y otra vez.

Puede que lo escriban todo en mayúscula: PLÁTANO.

Y puede que tú empieces a creer que es un plátano.

Pero no lo es.

Esto es una manzana.¹⁶

—Anuncio publicitario de la CNN que muestra
la fotografía de una manzana.

En el discurso pronunciado ante los estudiantes del Liceo de Springfield, en 1838, el joven Abraham Lincoln habló de cómo a medida que los recuerdos de la Revolución se iban perdiendo en el pasado, la libertad de la nación se veía amenazada por el desprecio hacia las instituciones del Gobierno, que protegen las libertades civiles y religiosas que fueron legado de los fundadores. Para proteger el Estado de derecho y evitar el ascenso de un futuro tirano que pudiera «surgir de entre nosotros», según Lincoln, lo que hacía falta era razón pura: «razón fría, calculadora y desapasionada». Y para mantenerse «libre hasta las últimas consecuencias» —exhortó Lincoln a la audiencia—, el pueblo estadounidense tenía que abrazar la razón, combinada con «una sólida moral y, sobre todo, respeto absoluto por la constitución y las leyes».¹⁷

Como bien sabía Lincoln, los fundadores construyeron la joven república basándose en los principios de razón, libertad, progreso y tolerancia religiosa que postulaba la Ilustración. Y la Constitución de la que fueron arquitectos se apoyaba en un sistema racional de controles y equilibrios que impedía, en palabras de Alexander Hamilton, que un día surgiera «un hombre carente de principios en su vida privada y de

temperamento osado» que pudiera «montar el caballito de la popularidad y caer rendido ante los dislates de los fanáticos del momento», avergonzando así al Gobierno y «dejándolo todo sumido en la confusión, llevado por la idea de que él es capaz de “gobernar el torbellino y salir airoso del trance”». ¹⁸

El sistema distaba mucho de ser perfecto, pero ha resistido más de dos siglos gracias a su propia resiliencia y a su capacidad de adaptarse a los cambios esenciales. Líderes como Lincoln, Martin Luther King Jr. y Barack Obama siempre han contemplado a los Estados Unidos de América como una obra en curso: un país que está en proceso de perfeccionamiento. Y han intentado acelerar ese proceso siempre conscientes de que –son palabras del Dr. King– «el progreso no es ni automático ni inevitable», ¹⁹ sino algo que requiere dedicación y lucha incesante. Lo que se ha conseguido después de la guerra civil y del movimiento de derechos civiles nos recuerda todo lo que queda aún por hacer, pero también es una prueba de la fe del presidente Obama en que sus compatriotas «pueden reinventarse constantemente para acomodarse a unos sueños cada vez más ambiciosos», ²⁰ y la fe que tenía la Ilustración en lo que George Washington llamó «el gran experimento que se ha confiado al pueblo estadounidense». ²¹

Junto con esta visión optimista de Estados Unidos como nación que puede convertirse en «una ciudad que brilla en lo alto de una colina» existe otra, que es la cara oscura e irracional de la historia del país, reafirmada actualmente hasta tal punto que la razón no sólo queda en entredicho: parece incluso que ha sido defenestrada junto con los hechos, el debate informado y la política deliberativa. La ciencia está sometida a constantes ataques, al igual que la experiencia y el conocimiento de todo tipo: en materia de política exterior, de seguridad nacional, de economía o de educación.

Philip Roth llamó a esta contranarrativa «la fiera indígena norteamericana», ²² y el historiador Richard Hofstadter se refirió a ella con una famosa expresión: «el estilo paranoide», una idea animada por la «exageración extrema, la suspicacia y las fantasías conspiratorias» ²³ que se centra en una serie de amenazas –o lo que se percibe como tal– contra «una nación, una cultura y un modo de vida». ²⁴ El ensayo de Hofstadter, publicado en 1964, contó con el estímulo de la campaña de Barry Goldwater y del movimiento de derechas que la rodeó, del mismo modo que otro libro suyo, *Anti-intellectualism in American Life* (1963) surgió como respuesta a las famosas cazas de brujas del

senador Joseph McCarthy y, en general, el trasfondo político y social de los años cincuenta.

Goldwater perdió la carrera presidencial y McCarthy cayó en desgracia cuando Joseph Welch, abogado del ejército norteamericano, tuvo el valor de hacerle frente al preguntarle: «¿Es que, después de todo, no tiene usted el menor sentido de la decencia, señor? ¿No le queda un ápice de decencia?»²⁵

El malvado McCarthy, que había estado lanzando acusaciones de deslealtad por todo Washington («el Departamento de Estado da cobijo a un nido de comunistas y simpatizantes suyos»,²⁶ dijo al presidente Truman en 1950) sufrió la reprobación del Senado en 1954. En 1957, cuando los soviéticos lanzaron el Sputnik, el amenazador antirracionalismo del momento empezó a remitir y dejó paso a la carrera espacial y a un esfuerzo concertado que se centró en mejorar los programas científicos de la nación.

Hofstadter observó que el estilo paranoide tiende a manifestarse en «episodios similares a las mareas». ²⁷ El partido Know-Nothing, anticatólico y antiinmigración, alcanzó su cota máxima de éxito en 1855, cuando cuarenta y tres congresistas declararon abiertamente su adhesión a él. ²⁸ Su poder comenzó a disiparse pronto, al año siguiente, después de que se abrieran una serie de grietas en su seno. Pero la intolerancia que representaba persistiría como un virus inoculado en el sistema político, esperando agazapado el momento de resurgir.

En cuanto a la derecha moderna Hofstadter afirmaba que tendía a movilizarse impulsada por una sensación de agravio y de desposesión. «Su país les ha sido, en gran medida, arrebatado: sienten que no tienen acceso a la negociación en política ni a la toma de decisiones». ²⁹

En el caso de la población milenial –y no sólo en Estados Unidos, sino también en Europa occidental– esos agravios se exacerbaban con los cambios experimentados en la demografía y los usos sociales, que han hecho que algunos miembros de la clase trabajadora blanca se sientan cada vez más marginados, pero también con el aumento de las diferencias salariales (que la crisis de 2008 contribuyó a acelerar) y por factores como la globalización y la tecnología, que están destruyendo muchos puestos de trabajo en el sector de la fabricación y llenando de incertidumbre y angustia la vida cotidiana de la gente.

Trump, igual que los líderes nacionalistas que se oponen a la inmigración y que se sitúan en la derecha política europea, ³⁰ como Marine Le Pen en Francia, Geert Wilders en Holanda o Matteo Salvini en Italia,

contribuye a inflamar esa sensación de miedo, de ira y de privación de derechos y lo que ofrece, en lugar de soluciones, son simplemente víctimas propiciatorias. Mientras, liberales y conservadores, preocupados por el aumento del nativismo y por la política del prejuicio, avisan a las instituciones de la amenaza que se ve venir. El poema de Yeats «La segunda venida», escrito en 1919 (en mitad del desastre de la Primera Guerra Mundial), vivió un extraordinario renacimiento en 2016: durante la primera mitad de ese año se citó en numerosos artículos,³¹ más de lo que lo había sido en tres décadas, pues comentaristas de todo signo político recuperaban una y otra vez sus versos: «Todo se desmorona; el centro se doblega; / arrecia sobre el mundo la anarquía».³²

Esos ataques a la verdad y la razón que alcanzaron sus máximas cotas en Estados Unidos durante el primer año del mandato de Trump llevaban años larvándose en la extrema derecha. Los opositores a Clinton —que estuvieron fabricando acusaciones absurdas sobre la muerte de Vince Foster en los años noventa— y los paranoicos del Tea Party³³ —que decían que los ecologistas querían controlar la temperatura de nuestras casas y el color de los coches que comprábamos— conectaron, durante la campaña electoral de 2016, con los blogueros de Breitbart y los troles de la *alt-right*, la derecha alternativa. Y al ser Trump elegido, primero candidato republicano y presidente después, se generalizaron las opiniones extremistas de sus partidarios más radicales: intolerancia racial y religiosa, animadversión hacia el Gobierno, inclinación al pensamiento conspiranoico y a la desinformación.

Según un sondeo realizado en 2017 por *The Washington Post*, el 47% de los republicanos creyó, erróneamente, que Trump había ganado el voto popular, y el 68% pensaba que en 2016 habían votado millones de inmigrantes ilegales;³⁴ además, más de la mitad de los republicanos manifiestan su disposición a que las elecciones presidenciales del año 2020 se pospongan hasta que se resuelvan los problemas del voto ilegal. Según otro estudio, realizado por politólogos de la Universidad de Chicago, un 25% de los ciudadanos estadounidenses cree que la crisis financiera de 2008 la orquestó, en secreto, una reducida camarilla de banqueros, el 19% está convencido de que el Gobierno estadounidense tuvo algo que ver en los ataques terroristas del 11-S y el 11% creyó a pies juntillas una teoría elaborada para el estudio por los propios investigadores: que las lámparas fluorescentes compactas son parte de un complot del Gobierno para que la gente sea más pasiva y fácil de controlar.³⁵

Trump, que impulsó su carrera política promoviendo descaradamente el *birtherism* y que ha hablado en defensa de Alex Jones, locutor de radio que apoya la teoría de la conspiración y que insulta constantemente a los oyentes, preside una Administración que en su primer año de existencia se convirtió en la encarnación misma de unos principios que están en las antípodas de la Ilustración, y que repudió los valores del racionalismo, la tolerancia y el empirismo tanto en su política como en su *modus operandi*:³⁶ un reflejo del estilo errático e impulsivo que el comandante en jefe exhibe en su toma de decisiones y que no se basa en el conocimiento, sino en el instinto, en el capricho y en las nociones preconcebidas (y a menudo engañosas) de cómo funciona el mundo.

Cuando llegó a la Casa Blanca Trump no hizo esfuerzo alguno por rectificar su ignorancia en materia de política, interior o exterior. Su anterior jefe de estrategia, Stephen Bannon,³⁷ ha declarado que Trump «lee sólo para reafirmarse en su opinión»;³⁸ y el presidente ha seguido insistiendo en negar, subestimar y restar importancia a la información que los servicios de inteligencia aportaron sobre las injerencias rusas en las elecciones de 2016. Y como la sola mención de este tema suele provocar su ira y puede perturbar las sesiones informativas que celebra con los servicios de inteligencia, los funcionarios del Gobierno declararon a *The Washington Post* que a veces incluían estos informes, en versión escrita, en la carpeta que entregan diariamente al presidente y que él, a su vez, ha dicho que sólo lee en contadas ocasiones.³⁹

Para informarse el presidente prefiere, en lugar de todo esto, recurrir a Fox News, y muy especialmente al programa matinal de adulación *Fox & Friends* («Fox y amigos») o a fuentes como Breitbart News y el *National Enquirer*.⁴⁰ Ha confesado pasar hasta ocho horas al día viendo la televisión,⁴¹ hábito que sin duda recordará a muchos lectores a Chauncey Gardiner, un jardinero adicto a la televisión que se convierte en celebridad y estrella de la política y que protagoniza la novela *Desde el jardín* (1970), de Jerzy Kosinski. Vice News también informó de que Trump recibía una carpeta dos veces al día, llena de recortes de prensa aduladores que incluían «tuits de admiración, transcripciones de entrevistas televisivas y noticias donde le ponían por las nubes y, algunas veces, simplemente fotografías suyas, imágenes televisivas en las que aparecía en actitud de poder».⁴²

Estos detalles absurdos sobrepasan lo meramente cómico y resultan inquietantes, porque no se trata de un caso de *Twilight Zone* en el

que un autor de literatura fantástica vive en una enorme casa blanca de Washington D. C. Y es que la tendencia de Trump al caos no se ha visto refrenada por los que le rodean, al contrario: ha conseguido contagiar a toda la Administración. Cuando se trata de hacer política afirma que él es «el único que importa»,⁴³ y dado el desdén que siente por el conocimiento institucional, suele ignorar el consejo de los miembros de su gabinete y de las agencias; eso cuando no los deja fuera, sin más.

Irónicamente, la disfunción que estos hábitos contribuyen a crear tiende a ratificar la desconfianza que sus partidarios sienten hacia Washington (una de las principales razones por las que votaron a Trump), provocando una especie de profecía autocumplida que, a su vez, alimenta más el cinismo y la negativa a participar en el proceso político. Cada vez más votantes sienten que hay una enorme desconexión entre sus puntos de vista y las políticas del Gobierno. Algunas medidas políticas de sentido común –como la comprobación del historial de un individuo que va a comprar un arma– que apoyan más de nueve de cada diez estadounidenses se han encontrado con la oposición del Congreso, que está lleno de individuos que dependen de las donaciones de la Asociación Nacional del Rifle.⁴⁴ Un 87 % de los ciudadanos del país declaró en un sondeo realizado en 2018 que, en su opinión, deberían permitir a los llamados *dreamers*, «soñadores», quedarse en territorio estadounidense, pero que la DACA se ha convertido en una especie de partido de fútbol político.⁴⁵ Y un 83 % (de ellos, un 75 % de republicanos), dicen apoyar la neutralidad de la red, que la FCC (Comisión Federal de Comunicaciones) de Trump tiró por tierra.⁴⁶

El papel, cada vez menos importante, del discurso racional –y del sentido común, y de la política basada en los hechos– no empezó con Donald J. Trump. Él representa más bien la culminación de una serie de tendencias que se diagnosticaron en la obra preclara de Al Gore, Farhad Manjoo y Susan Jacoby, una serie de libros publicados casi una década antes de que Trump se mudara a vivir al 1600 de la Avenida Pensilvania. Entre las causas de ese declive, Jacoby (*The Age of American Unreason*) citaba una «adicción al *infotainment*»,⁴⁷ el fortalecimiento del fundamentalismo religioso, «la ecuación popular de intelectualidad con un liberalismo que, supuestamente, no concordaba con los valores nacionales tradicionales»,⁴⁸ y con un sistema educativo que

«no sólo no está consiguiendo enseñar a los alumnos las destrezas más básicas, sino la lógica subyacente a esas destrezas». ⁴⁹

Gore, por su parte, subrayó en *El ataque contra la razón* la mala situación en que se encontraba la democracia participativa estadounidense (menor número de votantes, un electorado mal informado, campañas dominadas por el dinero y manipulación de medios de comunicación) y «un apoyo continuo y sostenido en la falsedad, que ha servido de base a la política incluso cuando se ha visto que hay pruebas irrefutables de lo contrario» ⁵⁰.

Uno de los primeros ejemplos de la teoría de Gore fue la desastrosa decisión de la Administración Bush de invadir Irak, y el cinismo con el que vendió la guerra a la opinión pública, distorsionando «la realidad política estadounidense al crear una situación nueva de miedo a Irak que resultó completamente desproporcionada en comparación con el peligro real» ⁵¹ y tomándola con un país que no atacó a los Estados Unidos el 11-S y que carecía de las aterradoras armas de destrucción masiva con que los halcones de la Administración metieron el miedo en el cuerpo a los ciudadanos, induciéndoles a pensar que sí las tenía.

De hecho, la guerra de Irak sigue siendo una lección y un ejemplo de las calamidades que pueden producirse cuando se toman decisiones en caliente que pueden afectar al mundo entero y que no se basan en la racionalidad que ha de acompañar al proceso de toma de decisiones políticas y a la consideración objetiva y juiciosa de la información, con el análisis realizado por expertos, y que, en lugar de todo eso, se apoyan únicamente en la certeza ideológica y en seleccionar a los consejeros como quien recoge fruta: eligiendo aquellos que te permitirán afianzar unas ideas preconcebidas. ⁵²

Desde el principio, los halcones de la Administración –comandados por el vicepresidente Dick Cheney y el secretario de defensa Donald Rumsfeld– presionaron para que la inteligencia actuara adelantándose a los hechos y se planteara la opción de la guerra. ⁵³ Se instituyó incluso una agencia de operaciones algo turbia, a la que llamaron «Oficina de Planes Especiales» (según un consejero del Pentágono al que citaba Seymour M. Hersh en *The New Yorker*) y que encontraría pruebas de algo que Rumsfeld y el subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, creyeron desde el principio: que Saddam Hussein tenía vínculos con al-Qaeda y que Irak poseía un inmenso arsenal de armas biológicas, químicas y, posiblemente, incluso nucleares.